

to no es propio de entendimientos arrastrados que yerran y lo conocen, pero su soberbia no les permite confesarlos; y así ellos mismos se privan de la luz de la enseñanza, semejantes al enfermo imprudente que por no descubrir su llaga al médico, se priva de la medicina y se empeora.

Pero ¿dónde aprendió vd. ese monton de vulgaridades que nos contó de los cometas? porque en el colegio seguramente no se las enseñaron. Ya se ve que no, le respondí. Esa copia de lucidísima erudicion que he vaciado se la debo á las viejas y cocineras de mi casa. No es vd. el primero, dijo el padre, que mama con la primera leche semejantes absurdos. Verdaderamente que todas esas son patrañas y cuentos de viejas. Vd. lo que debe hacer es aplicarse, que aun es muchacho y puede aprovechar. Yo le daré el apuntito que me pide de los autores en que puede leer á gusto estas materias, y le daré tambien algunas leccioncitas mientras estamos aquí.

Le dí las gracias, quedando prendado de su bello carácter: iba á pedirle un favor de muchacho, cuando nos llamaron para que nos fuéramos á divertir al corral del herradero.

## CAPITULO VII.

Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda.

**S**IN embargo de que nos llamaron, el padre vicario continuó diciéndome: por lo que toca á lo que vd. me pide acerca de que le instruya de los mejores autores físicos, le digo que no es menester apuntito, porque son muy pocos los que le he de aconsejar á vd. que lea, y fácilmente los puede encomendar á la memoria. Procure vd. leer la *Física experimental de los Abates Para y Nollet*, las *Recreaciones Filosóficas del padre D.*

*Teodoro de Almeida, el Diccionario de física, y el tratado de física de Brisson.* Con esto que vd. lea con cuidado, tendrá bastante para hablar con acierto de esta ciencia en donde se le ofrezca, y si á este estudio quisiere añadir el de la historia natural, como que es tan análoga al anterior, podrá leer con utilidad el *Espectáculo de la naturaleza por Pluche*, y con mas gusto y fruto la *Historia natural del célebre conde de Buffon*, llamado por antonomasia el *Plinio de Francia*.

Estos estudios, amiguito, son útiles, amenos y divertidos; porque el entendimiento no encuentra en ellos lo abstracto de la teología, la incertidumbre de la medicina, lo intrincado de las leyes, ni lo escabroso de las matemáticas. Todo llena, todo deleita, todo embelesa y todo enseña, así en la física como en la historia natural. Es estudio que no fatiga y ocupacion que no cansa. La doctrina que ministra es dulce, y el vaso en que se brinda es de oro.

Los que miran el Universo por la parte de afuera, se sorprenden con su primorosa perspectiva; pero no hacen mas que sorprenderse como los niños cuando ven la primera vez una cosa bonita que les divierte. El filósofo, como ve el Universo con otros ojos, pasa mas allá de la simple sorpresa: conoce, observa, escudriña y admira cuanto hay en la naturaleza.

Si eleva su entendimiento á los cielos, se pierde en la inmensidad de esos espacios llenos de la Magestad mas soberana: si detiene su consideracion en el sol, mira una mole crecidísima de un fuego vivísimo, penetrante é inestinguible, al paso que benéfico é interesante á toda la naturaleza: si observa la luna, sabe que es un globo que tiene montes, mares, valles, rios, como el globo que pisa, y que es un espejo que refleja la brillante luz del sol para comunicarnosla con sus influencias: si atiende á los planetas como Venus, Mercurio, Marte, y la restante multitud de astros, ya fijos, ya errantes, no contempla sino una prodigiosa infinidad de mundos, ya luminosos, ya iluminados, ya soles, ya lunas que observan constantemente los



movimientos y giros que la sabia Omnipotencia les prescribió desde el principio: si su consideracion descende á este planeta que habitamos, admira la economía de su hechura; mira el agua pendiente sobre la tierra, contenida solo con un débil polvillo de arena: los montes elevados: las cascadas estrepitosas: las risueñas fuentes: los arrollos mansos: los caudalosos rios: los árboles, las plantas, las flores, las frutas, las selvas, los valles, los collados, las aves, las fieras, los peces, el hombre, y hasta los despreciables insectillos que se arrastran; y todo, todo le franquea teatro á su curiosidad ó investigacion. La atmósfera, las nubes, las lluvias, el rocío, el granizo, los fuegos fátuos, las auroras boreales, los truenos, los relámpagos, los rayos, y cuantos meteoros tiene la naturaleza, presentan un vastísimo campo á su prolijo y estudioso exámen; y despues que admira, contempla, examina, discurre, pondera y acicala su entendimiento sobre un caos tan prodigioso de entes heterogéneos, tan admirables como incomprensibles, reflexiona que el conocimiento ó ignorancia que tiene de estos mismos séres, lo llevan como por la mano, hasta la peana del trono del Criador. Entonces el filósofo verdadero no puede menos que anonadarse y postrarse ante el sólio de la Deidad Suprema, confesar su poder, alabar su providencia, reconocer en silencio lo sublime de su sabiduría, y darle infinitas gracias por el diluvio de beneficios que ha derramado sobre sus criaturas, siendo entre las terrestres la mas noble, la mas exelsa, la mas privilegiada y la mas ingrata, el hombre, “bajo cuyos piés (nos dice la voz de la verdad) sujetó todo lo criado:” *Omnia subjecisti sub pedibus ejus;* y lo mismo será llegar el filósofo á estos sublimes y necesarios conocimientos, que comenzar á ser teólogo contemplativo; pues así como todos los rayos de la rueda de un coche descansan sobre la maza que es su centro, así las criaturas reconocen su punto céntrico en el Criador; por manera que los impíos ateistas que niegan la existencia de un Dios criador y conservador del Universo, proceden contra testimonio comun de las naciones, pues las mas bárbaras y salvajes

han reconocido este soberano principio; porque los mismos cielos proclaman la gloria de Dios, el firmamento anuncia sus obras maravillosas, y las criaturas todas se nos manifiestan á la vista, son las conductoras que nos llevan á adorar las maravillas que no vemos. Pero, ya se ve, los ateistas son unos brutos que parecen hombres, ó unos hombres que voluntariamente quieren ser menos que los brutos. Ello es evidente..... En esto, viendo que nos tardábamos, salieron á llamarnos otra vez las niñas y señores de la hacienda para que fuéramos á ver las travesuras de los payos y caporales, y tuvimos que suspender, ó por mejor decir, cortar enteramente una conversacion tan dulce para mí; porque en realidad me entretenia mas que todos los herraderos.

Admiráronse de vernos tan unidos al padre y á mí, creyendo que yo conservara algun resentimiento por el sonrojillo que me habia hecho pasar sobre mesa; y aun entre chanzas nos descubrieron su pensamiento; pero yo, en medio de mis desbaratos, he debido á Dios dos prendas que no merezco. La una un entendimiento dócil á la razon, y la otra un corazon noble y sensible, que no me ha dejado prostituir fácilmente á mis pasiones. Lo digo así porque cuando he cometido algunos excesos, me ha costado dificultad sujetar el espíritu á la carne. Esto es, he cometido el mal conociéndolo y atropellando los gritos de mi conciencia y con plena advertencia de la justicia, lo que acaece á todo hombre cuando se desliza al crimen. Por estas buenas cualidades que digo he visto brillar en mi alma, jamás he sido rencoroso ni aun con mis enemigos; mucho menos con quien he conocido que me ha aconsejado bien tal vez con alguna aspereza, lo que no es comun, porque nuestro amor propio se resiente de ordinario de la mas cariñosa correccion, siempre que tiene visos de regaño; y por eso los de la hacienda se admiraban de la amistosa armonía que observaban entre mí y el padre.

Fuímonos por fin, al circo de la diversion, que era un gran corral, en el que estaban formados unos cómodos tablados. Sentámo-



nos el padre vicario y yo juntos, y entretuvimos la tarde mirando herrar los becerros y ganado caballar y mular que había. Mas advertí que los espectadores no manifestaban tanta complacencia cuando señalaban á los animales con el fuego, como cuando se toreaban á los becerrillos ó se gineteaban los potros, y mucho mas cuando un torete tiraba á un muchacho de aquellos, ó un muleto desprendía á otro de sobre sí; porque entonces eran desmedidas las risadas, por mas que el golpeado inspirara la compasion con la afliccion que se pintaba en su semblante.

Yo, como hasta entonces no habia presenciado semejante escena, no podia menos que conmovirme al ver á un pobre que se levantaba rengueando de entre las patas de una mula ó astas de un novillo. En aquel momento solo consideraba el dolor que sentiria aquel infeliz, y esta genial compasion no me permitia reir cuando todos reventaban á caquinos. El juicioso vicario, que ¡hoyalá hubiera sido mi mentor toda la vida! advirtió mi seriedad y silencio, y leyéndome el corazon me dijo: ¿vd. ha visto toros en México alguna vez? No señor, le contesté: ahora es la primera ocasion que veo esta clase de diversiones, que consisten en hacer daño á los pobres animales, y esponerse los hombres á recibir los golpes de la venganza de aquellos, la que juzgo se merecen bien por su maldita inclinacion y barbárie. Así es, amiguito, me dijo el vicario; y se conoce que vd. no ha visto cosas peores. ¿Qué dijera vd. si viera las corridas de toros que se hacen en las capitales, especialmente en las fiestas que llaman *Reales*? Todo lo que vd. ve en estas son frutas y pan pintado; lo mas que aquí sucede es que los toretes suelen dar sus revolcadillas á estos muchachos, y los potros y mulas sus caidas, en las que ordinariamente quedan molidos y estropeados los ginetes; mas no heridos ó muertos como sucede en aquellas fiestas públicas de las ciudades que dije; porque allí como se torear toros escogidos por feroces, y están puntales, es muy frecuente ver los intestinos de los caballos enredados en sus astas, hombres gravemente lastimados, y

algunos muertos. Padre, le dije yo, ¿y así esponen los racionales sus vidas para sacrificarlas en las armas enojadas de una fiera? ¿y así concurren todos de tropel á divertirse con ver derramar la sangre de los brutos, y tal vez de sus semejantes? Así sucede, me contestó el vicario, y sucederá siempre en los dominios de España, hasta que no se olvide esta costumbre tan repugnante á la naturaleza, como á la ilustracion del siglo en que vivimos.

Conversamos largo rato sobre esto, como que es materia muy fértil, y cuando mi amigo el vicario hubo concluido, le dije: padre, estoy pensando que ese *demonstre* de Januario ó Juan Largo, mi discípulo, luego que sepa los disparates que yo dije del cometa, y la justa reprehension de vd., me ha de burlar altamente y en la mesa, delante de todos, porque es muy *pandorguista*, y tiene su gusto en pararle la bola como dicen, á cualquiera en la mejor concurrencia; y yo ciertamente no quisiera pasar otro bochorno como el de á medio dia, ó ya que él sea tan mal amigo y tan imprudente, que padeciera el mismo tártago que yo, haciéndolo vd. quedar mal con una preguntita de física, pues estoy seguro que entiende tanto de esto como de hacer un par de zapatos; y así le encargo á vd. que me haga este favor y le saque los colores á la cara por faeceto.

Mire vd., me dijo el padre: á mí me es fácil desempeñar á vd.; pero esa es una venganza, cuya vil pasion debe vd. refrenar toda la vida: la venganza denota una alma baja que no sabe ni es capaz de disimular el mas mínimo agravio: El perdonar las injurias no solo es saña característica de un buen cristiano, sino tambien de una alma noble y grande. Cualquiera por pobre, por débil y cobarde que sea, es capaz de vengar una ofensa: para esto no se necesita religion, ni talento, ni nobleza, cuna, educacion ni nada bueno; sobra con tener una alma vil, y dejar que la ira corra por donde se le antoje para suscribir fácilmente á los sanguinarios sentimientos que inspira. Pero para olvidar un agravio, para perdonar al que nos lo infiere, y para remunerar la maldad con ac-



ciones benéficas, es menester no solamente saber el Evangelio, aunque esto debia ser suficiente, sino tener una alma heroica, un corazon sensible, y esto no es comun: tampoco lo es ver unos héroes como Trajano, de quien se cuenta que dando audiencia pública llegó al trono un zapatero fingiendo iba á pedir justicia; acercóse al emperador, y aprovechando un descuido, le dió una bofetada. Alborotóse el pueblo, y los centinelas querian matarlo en el acto; pero Trajano lo impidió para castigarlo por sí mismo. Ya asegurado el alevoso, le preguntó: ¿qué injuria te he hecho, ó qué motivo has tenido para insultarme? El zapatero, tan nécio como vano, le contestó: señor, el pueblo bendice vuestro amable carácter: nada tengo que sentir de vos; mas he cometido este sacrilego delito, sabiendo que he de morir, solo porque las generaciones futuras digan que un zapatero tuvo valor para dar una bofetada al emperador Trajano. Pues bien, dijo éste; si ese ha sido el motivo, tu no me has de exceder en valor. Yo tambien quiero que diga la posteridad, que si un zapatero se atrevió á dar una bofetada al emperador Trajano, Trajano tuvo valor para perdonar al zapatero. Anda libre.

Esta accion no necesita ponderarse: ella sola se recomienda, y vd. puede deducir de ella y de miles de iguales que hay en su línea, que para vengarse es menester ser vil y cobarde: y para no vengarse es preciso ser noble y valiente; porque el saber vencerse á sí mismo y sujetar las pasiones, es el mas difícil vencimiento, y por eso es la victoria mas recomendable y la prueba mas inequívoca de un corazon magnánimo y generoso.

Por todo esto, me parece que será bueno que vd. olvide y desprecie la injuria del señor Januario. Pues padrecito, le dije, si mas valor se necesita para perdonar una injuria que para hacerla, yo desde ahora protexto no vengarme ni de Juan Largo, ni de cuantos me agravien en esta vida. ¡Oh D. Pedrito, me contestó el vicario, cuán apreciable fuera esta clase de protestas en el mundo,

si todas se llevasen al cabo!; pero no hay que protestar en esta vida con tanta arrogancia; porque somos muy débiles y frágiles, y no podemos confiar en nuestra propia virtud, ni asegurarnos en nuestra sola palabra. A la hora de la tempestad hacen los marineros mil promesas, pero llegando al puerto se olvidan como si no se hubieran hecho. Cuando la tierra tiembla no se oyen sino plegarias, actos de contricion y propósitos de enmienda; mas luego que se aquieta, el ébrio se dirige al vaso, el lascivo á la dama, el tahur á la baraja, el usurero á sus lucros, y todos á sus antiguos vicios. Una de las cosas que mas perjudican al hombre, es la confianza que tiene de sí mismo. Esta pone en ocasion de prostituirse á los jóvenes, de estraviar á las almas timoratas, de abandonarse á los que ministran la justicia, y de ser delincuentes á los mas sabios y santos. Salomon prevaricó, y S. Pedro que se tenia por el mas valiente de los apóstoles, fué el primero y aun el único que negó á su divino Maestro. Conque no hay que fiar mucho en nuestras fuerzas, ni que charlar sobre nuestra palabra; porque mientras no llega la ocasion, todos somos rocas; pero puestos en ellas somos unas pajitas miserables que nos inclinamos al primer vientecillo que nos impele.

Poco mas duró nuestra conversacion, cuando se acabó la tarde y con ella aquella diversion, siéndonos preciso trasladarnos á la sala de la hacienda.

Como en aquella época no se trataba sino de pasar el rato, todos fueron entreteniéndose con lo que mas les gustaba, y así fueron tomando sus naipes y bandolones, y comenzaron á divertirse unos con otros. Yo entonces ni sabia jugar (ó no tenia qué, que es lo mas cierto), ni tocar, y así me fuí por una cabecera del estrado para oír cantar á las muchachas, las que me molieron la paciencia á su gusto; porque se acercaban hácia mí dos ó tres, y una decia: niña, cuéntame un cuento; pero que no sea el de Periquillo Sarmiento. Otra me decia: señor, vd. que ha estudiado, díganos, ¿por-



que hablan los pericos como la gente? Otra decía: ¡ay, niña, qué comezon tengo en el brazo! ¡si tendré sarna? Así me estuvieron chuleando estas madamas toda la noche hasta que fué hora de cenar.

Púsose la mesa; sentámonos todos y con todos mi amiguísimo Juan Largo que hasta entonces se habia estado jugando malilla, ó no sé qué.

Mientras duró la cena se trataron diversos asuntos. Yo en uno que otro metia mi cucharada; pero despues de provacado, y siempre con las salvas de: *segun me parece: ya no tengo inteligencia: dicen: he oido asegurar, etc.*; pero ya no hablé con arrogancia como al medio dia: ya se vé, tal me tenia de acobardado el sermon que me espetó el vicario en mis bigotes. ¡Oh cuánto aprovecha una leccion á tiempo!

Se alzó la mesa, y mi buen amigo Juan Largo, dirigiendo á mí la palabra, comenzó á desahogar su genio bufon, lo mismo que yo me habia pensado. Conque Periquillo, me dijo, ¡las cometas son una cosa á modo de trompetas? ¡Vamos que tú has quedado lucido en el acto del medio dia! Sí, ya sé tus gracias: no sabia yo que tenia por condiscípulo un tan buen físico como tú, y á mas de físico astrónomo. Seguramente que con el tiempo serás el mejor almanaquero del reino. A hombre que sabe tanto de cometas, ¿qué cosa se le podrá ocultar de todos los astros habidos y por haber? Las mujeres, como casi siempre obran segun lo que primero advierten, y en esta rechifla no veían otra cosa que una burlata, comenzaron á reir y á verme mas de lo que yo queria; pero el padre vicario que ya me amaba y conocia mi vergüenza, procuró libertarme de aquel chasco, y dijo á D. Martin (que ya dije era el dueño de la hacienda), ¿con que pasado mañana tiene vd. eclipse de sol? Sí señor, dijo D. Martin, y estoy tamañito. ¿Por qué? preguntó el vicario. ¿Como por qué? (dijo el amo); porque los *eclises* son el diablo. Ahora dos años, me acordaré, que estaba ya vinién-

dose mi trigo, y por el maldito *eclis* nació todo chupado y ruineísimo, y no solo, sino que toda la cria del ganado que nació en aquellos dias se maleó y se murió la mayor parte. Vea vd. si con razon les tengo tanto miedo á los *eclises*. Amigo D. Martin, dijo el vicario, yo creo que no es tan bravo el leon como lo pintan: quiero decir que no son los pobres eclipses tan perversos como vd. los supone. ¿Cómo no, padre? dijo D. Martin. Vd. sabrá mucho, pero tengo mucha *esperencia*, y ya ve que la *esperencia* es madre de la *encia*. No hay duda, los *eclises* son muy dañinos á las sementeras, á los ganados, á la *salú* y hasta las mujeres preñadas. Ora cinco años me acordaré que estaba en cinta mi mujer, y no lo ha de creer, pues hubo *eclis* y nació mi hijo Polinario *tencuitas*. ¿Pero por qué fué esa desgracia? preguntó el cura. ¿Cómo por qué, señor, dijo D. Martin, porque se lo comió el *eclis*. No se engañe vd., dijo el vicario; el eclipse es muy hombre de bien, á nadie se come ni perjudica, y si nó, que lo diga D. Januario. ¿Qué dice vd. señor bachiller? No hay remedio, contestó lleno de satisfaccion, porque le habian tomado su parecer; no, no hay remedio, decía: el eclipse no puede comer la carne de las criaturas encerradas en el vientre de sus madres, pero sí puede dañarlas por su maligna influencia, y hacer que nazcan *tenevas* ú *corcovadas*, y mucho mejor puede con la misma malignidad matar las crias y chuparse el trigo, segun ha dicho mi tio, atestiguando con la experiencia, y ya ve vd., padre mio, que *quod ab experientia patet non indiget probatione*. Esto es, no necesita de prueba lo que ya ha manifestado la experiencia.

No me admiro, dijo el padre, que su tio de vd. piense de esa manera, porque no tiene motivo de otra cosa; pero me hace mucha fuerza oír producir de igual modo á un señor colegial. Segun eso, dígame vd. ¿qué son los eclipses? Yo creo, dijo Januario, que son aquellos choques que tiene el sol y la luna, en los que uno ú otro salen perdiendo siempre conforme es la fuerza del que vence,



si vence el sol, el eclipse es de la luna, y si vence ésta se eclipsa el sol. Hasta aquí no tiene duda; porque mirando el eclipse en una bandeja de agua, materialmente se ve como pelea el sol con la luna; y se advierte lo que uno ú otro se comen en la lucha; y si tienen virtud estos dos cuerpos para hacerse tanto daño siendo solidísimos: ¿cómo no podrán dañar á las tiernas semillas y á las débiles criaturas del mundo? Esto es lo que yo digo, repuso el bueno de D. Martin: vea vd., padre si digo bien ó mal. No hay que hacer, mi sobrino es muy *subido*: *ansí mesmo* segun y como el esplica el *eclis*, lo esplicaba su padre mi difunto hermano, que era hombre de muchas letras, y allá en la Huasteca, nuestra tierra, decian todos que era un pozo de *cencia*. ¡Ah mi hermano! si él viviera ¡qué gusto tuviera de ver á su hijo Januarito tan adelantado! No mucho, aunque me perdona, dijo el vicario; porque el señor no entiende palabra de cuanto ha dicho; antes es un blasfemo filosófico. ¿Qué pleitos, qué choques, influencias fatales ni malditas quiere vd. que produzcan los eclipses? Sepa vd. señor D. Martin, que el mayor eclipse no le puede hacer á vd. ni á sus siembras, ni ganado, mas daño, que quitarles una poca de luz por un rato. No hay tal pleito del sol y la luna, ni tales faramallas. ¿Se pudiera vd. pelear de manos desde aquí con uno que estuviera en México? Ya se ve que no, dijo D. Martin. Pues lo propio sucede al sol respecto de la luna, prosiguió el vicario; porque dista un astro de otro muchísimas leguas. Pues en resumidas cuentas, preguntó D. Martin, ¿qué es eclis? No es otra cosa, respondió el padre vicario, que la interposicion de la luna entre nuestra vista y el sol, y entonces se llama eclipse de sol ó la interposicion de la tierra entre la luna y el sol, y entonces se dice eclipse de luna.

¿Ya ve vd. todo eso? dijo el payo, pues no lo entiendo. Pues yo haré que lo persiva vd. clarísimamente dijo el padre: sepa vd. que siempre que un cuerpo apaco se opone entre nuestra vista y un cuerpo luminoso, el opaco nos embaraza ver aquella porcion de luz

que cubre con su disco. Agoora lo entiendo ménos, decia D. Martin. Pues me ha de entender vd., replicó el padre. Si vd. pone su mano enfrente de sus ojos y la luz de la vela, claro es que no verá la llama. Eso si entiendo.—Pues ya entendió vd. el eclipse. ¿Es posible padre, decia D. Martin muy admirado; es posible que tan poco tienen que entender los *eclises*? Sí, amigo mio, decia el vicario. Lo que sucede es, que como su mano de vd. es mayor que la llama de la vela, siempre que la pongo frente de ella, la tatará toda y hará un eclipse total; pero si la pone frente de una luminaria de leña, seguramente no la tatará toda sino un pedazo, porque la luminaria es más grande que la mano de vd., y entónces puede vd. decir que hizo un eclipse parcial, esto es, que tapó una parte de la llama de la luminaria. ¿Lo entiende vd? Y muy bien, respondió el payo. Pero ¿que tan fácilmente *ansí* se entienden los *eclises* del sol y de la luna? Sí señor, dijo el padre. Ya dije á vd. que el sol está muchas leguas distante de la luna: es mucho mayor que ella, lo mismo que la luminaria es mucho más grande que su mano de vd., y así cuando la luna pasa por entre el sol y nuestros ojos, tapa un pedazo de éste, que es lo que no vemos, y lo que al señor Januario, á vd. y á otros les parece comido, no es otra cosa que la mano que pasa frente á la luminaria. ¿Lo entiende vd? Completamente, dijo D. Martin; y segun eso, nunca habrá *eclises* totales de sol, porque es la luna mucho más chica, y no lo puedo tatar todo. Así debia ser, dijo el vicario, si siempre la luna pasara á una misma distancia, respecto del sol y nuestra vista; pero como algunas veces pasa quedando muy cerca de nosotros (1), nos lo cubre totalmente, así como siempre que vd. se ponga la mano junto de los ojos no verá nada de la luminaria, sin embargo de que su mano de vd. es mucho más chica que la luminaria; y ahora sí creo que me ha entendido vd. ¿Y los de la luna cómo son? preguntó el payo. Del mismo modo, dijo el padre: así como la

(1) No es la distancia de la luna respecto de nosotros lo que hace que sean totales los eclipses, sino su completa interposicion.—E.



luna tapa ú oscurece un pedazo del sol (1) cuando se pone entre él y nosotros, así la tierra tapa ú oscurece un pedazo de luna ó toda cuando se pone entre ella y el sol.

Así debe ser, dijo D. Martin, y ora reflejo que he visto algunos *eclises* del sol y la luna, totales como vd. les llama, ó que se ha tapado toda, de modo que hemos estado *oscuras* totalísimamente. Sobre que no le hace que la luminaria sea más grande que la mano. ¿Y es posible que no son otra cosa los *eclises*? Sí señor, dijo el padre, no son otra cosa, y teniendo el año trescientos sesenta y cinco ó sesenta y seis días, si es bisiesto, tenemos nosotros otros tantos *ecipses* de sol y totales, que es más gracia. ¡Cómo, padre! decía D. Martin. Ya se vé que sí, dijo el vicario: ¿vé vd. de noche el sol? No señor, ni una pizca, respondió D. Martin. Pues ahí tiene vd. que se le eclipsa el sol todo entero; y para que vd. no me vea tanto tiene que yo me meta á la recámara, como que vd. cierre los ojos. Es verdad, decía D. Martin; pero segun lo que vd. me ha dicho y segun lo que agora me dice, creo que el mundo es mucho mas grandísimo que el sol, que no puede menos, sobre que lo estamos mirando. Pues sí puede ménos, amigo, dijo el vicario; y en efecto, es tan pequeño respecto al sol, como lo es una avellana respecto á un coco. Pues entónce, replicó D. Martin, salimos con lo que vd. me dijo; pues aunque mimano sea más chica que la luminaria, me la puede tapar toda en estando muy cerca de mis ojos. Así es, dijo el vicario, puede ó no puede taparla toda, segun la distancia en que vd. la pusiere respecto á sus ojos. Sila pone léjos de ellos, no tatará toda la luminaria, algo verá vd. de ella, pero si se la pone en las narices, no verá nada. Ya se vé que así ha de ser, decía D. Martin, y no solamente no verá la luminaria, pero ni la puerta de la hacienda que es más grande, ni cosa alguna, y eso será porque casi me tapo los ojos con la mano poniéndola tan cerca.

(1) Bien sabia el vicario que lo que se oscurece no es el sol, sino la tierra que recibe la sombra; pero se esplicó así porque lo entendiera D. Martin.

Pues veá vd. la razon, dijo el padre, por qué se suelen ver algunos eclipses totales de sol causados por la luna, porque ésta, aunque mucho más pequeña que él, si se pasa muy cerca de nosotros, como en realidad pasa algunas veces, hace el efecto de la mano frente de la luminaria, y lo mismo hace la tierra, sin embargo de su pequeñez, eclipsándonos el sol todas las noches por estar pegada á nosotros (1).

Perfectamente entendí todo el asunto de los *eclipses*, padre vicario dijo D. Martin, y creo que cualquiera lo entenderá, por negado que sea. ¿Lo entiendes, hija? ¿Lo han entendido, muchachas? Todas á una voz respondieron que sí, y que muy bien; que ya sabian que podian hacer eclipses de sol, de luna, ó de luminarias, cada vez que se es lantojara; pero el buen D. Martin volvió á preguntar: dígame vd. padre, ya que los *eclises* no son más que eso; ¿por qué son tan dañinos que nos pierden las siembras, los ganados, y hasta nos enferman y sacan imperfectos los muchachos? Ésa es la vulgaridad, respondió el vicario. Los *eclipses* en nada se meten, ni tienen la culpa de esas desgracias. Las siembras se pierden, ó porque les ha faltado cultivo á su tiempo, ó han escaseado las aguas, ó la semilla estaba dañada, ó era ruin, ó la tierra carece de jugos, ó está cansada, etc. Los ganados malparen, ó las crias nacen enfermas, ya porque se lastiman las hembras ó padecen alguna enfermedad particular que no conocemos, ó han comido alguna yerba que las perjudica, etc.: últimamente, nosotros nos enfermamos ó por el excesivo trabajo, ó por algun desórden en la comida ó bebida; ó por exponernos al aire sin recato estando el cuerpo muy caliente, ó por otros mil achaques que no faltan; y las criaturas nacen *tencuas*, raquíicas, defectuosas ó muertas, por la imprudencia de sus madres en comer cosas nocivas, por travesear, corretear, alzar cosas pesadas, trabajar mucho, tener cóleras vehementes, ó recibir golpes en el vientre. Con que vea vd. como no

(1) Esto coincide con la esplicacion anteriormente anotada, que no es exacta.



tienen los pobres eclipses la culpa de nada de esto. Bien, dijo D. Martín; pero ¿cómo suceden estas desgracias puntualmente cuando hay eclipses? La desgracia de los eclipses, dijo el vicario, consiste en que suceda algo de esto en su tiempo; porque los pobres que no entienden de nada, luego luego echan la culpa á los eclipses de cuantas averías hay en el mundo. Así como cuando uno se enferma, lo primero que hace es buscar achaque á su enfermedad, y tal vez cree que se la ocasionó la más inocente. Con que amigo, no hay que ser vulgares, ni que quitar el crédito á los pobrecitos eclipses, que es pecado de restitucion.

Celebraron todos al padre vicario, y le pegaron un buen tabardillo al amigo Juan Largo, de modo que se levantó de allá chillándole las orejas. A poco rato nos fuimos á acostar.

### CAPITULO VIII.

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta á su casa.



OTRO dia nos levantamos muy contentos, el señor cura hizo poner su coche, y el padre vicario mandó ensillar su caballo para irse á sus respectivos destinos. El padre vicario se despidió de mí con mucho cariño, y yo le correspondí con el mismo, porque era un hombre amable, benéfico, y no soberbio ni necio.

Fuéronse, por fin, y yo quedé sin tan útil compañía. El hermano Juan Largo, tan tonto y sinvergüenza como siempre (porque es propiedad del necio no dársele nada de cosa alguna de esta vida), á la hora del almuerzo me comenzó á burlar con la cometa; pero yo le

rebatí defendiéndome con los disparates que él habia hablado acerca del eclipse, con cuya diligencia lo dejé corrido, y él debia de haber advertido que es una majadería ponerse apedrear el tejado del vecino el que tiene el suyo de vidrio.

Fuérase porque yo era nuevo en la casa, ó porque tenia un genio mas prudente y jovial, las señoras, las muchachas y todos me querian más que á Juan Largo, que era naturalmente toseco y engreído. Con esto, cuando yo decia alguna facetada, la celebraban infinito, y de esto mondaba mi rival Enero, y trataba de vengarse siempre que hallaba ocasion, sin poder yo librarme de sus maldades, porque las tramaba con la capa de la amistad. ¡Abominable carácter de almas viles, que fabrican la traicion á la sombra de la misma virtud!

Como yo por una parte lo amaba, y el por otra tenia un genio intrigante, le disimulaba sus malas intenciones, y yo me entregaba sin recelo á sus dictámenes.

Todas las tardes saliamos á pasear á caballo. Ya se deja entender qué buen ginete seria yo, que no habia montado sino los caballos de alquiler barato de México; animales flacos, trabajados y de una zonería y mansedumbre imponderable. No eran así los de la hacienda porque casi todos estaban lozanos y eran briosos; motivo bastante para que yo les tuviera harto miedo; por esto me encillaban los de la señora y de la niña su hija, y todas las tardes, como dije, saliamos á pasear Enero, yo y dos hijos del administrador, que eran muy buenas maulas.

De todos los cuatro yo era el ménos ginete, ó como dicen, el mas colegial; con esto, me hacian mil travesuras en el campo, como colarme los caballos, manearmelos, espantármelos, y cuanto podian para que, apesar de ser mansos, se alborotasen y me echaran al suelo, como lo hacian sin mucha dificultad á cada instante; de suerte que aunque los golpes que yo llevaba eran ligeros y de poco riesgo por ser en las yerbas, ó en la arena, sin embargo, fueron tantos que no sé como no bastaron á acobardarme. Bien, que mis buenos ami-